

## INTRODUCCIÓN

“Pascal es uno de esos genios extraordinarios, más merecedor de nuestra admiración que de nuestra gratitud, a quien parece que la naturaleza no formó sino para asombrar a las gentes y desplegar ante sus ojos todo su poderío. El entusiasmo que inspiran los escritos de este hombre ilustre, han provocado mi deseo de conocer su persona” [*Eloge et Pensées de Pascal* en *Œuvres complètes de Voltaire*, 80A. Voltaire Foundation. Oxford, 2008, p. 71]. Estas palabras de Voltaire tomadas del prefacio a su *Éloge de Pascal* son apenas una muestra de la fascinación que el autor de *Les Pensées* suscita en el pensador ilustrado y evocan también el impacto que esta figura del siglo XVII francés provoca en autores diversos, situados algunos en posiciones bien alejadas de Pascal e incluso muy diferentes entre sí.

La admiración que produce Pascal, ya desde pocas décadas después de su muerte, está ligada, no obstante, a las diversas interpretaciones de su vida y de su obra. Su sentido de la ciencia y lo científico, su manejo de los recursos literarios tales como la paradoja o la hipérbole, los análisis psicológicos, su peculiar modo de considerar el universo y el hombre, y su visión de Dios y de la religión, le hacen susceptible de ser considerado literato, filósofo y hasta autor espiritual. No pocas veces, escépticos, agnósticos y creyentes encuentran en su obra elementos que conectan bien con su modo específico de interpretar el mundo. Entre las diversas facetas de su pensamiento destaca su filosofía y, al mismo tiempo, no es posible comprender su visión del hombre si se desconocen las principales claves de la

fe cristiana. Este libro trata de ahondar en el discurso filosófico de Pascal e intenta establecer, precisamente, en qué medida su filosofía se halla en relación con la fe.

El interés que Pascal suscita en los ámbitos intelectuales más variados no siempre se corresponde con un conocimiento suficiente de su figura y su obra. Es ésta una de las razones de que existan interpretaciones diferentes y es también uno de los motivos que me han llevado a emprender un estudio de su obra. Las preguntas a las que he tratado de responder son ambiciosas, pero de gran interés: la primera es descubrir si el autor de *Les Pensées* puede ser considerado filósofo; dicho en otros términos, si es legítimo hablar de una filosofía de Pascal. Como punto de partida contaba con la interpretación de Victor Cousin (1792-1867) y otros autores posteriores, que reconocen el valor literario de su pensamiento pero se resisten a incluir su obra entre las de filosofía. No se puede olvidar que, en numerosas ocasiones, Pascal mismo da pie a pensar así, como cuando critica la filosofía y a los filósofos hasta afirmar que “toda la filosofía no vale ni una hora de esfuerzo” [*Pensées*, 118 (84)].

Sin embargo, más allá de la belleza literaria o de las penetrantes intuiciones psicológicas, en la obra de Pascal sobresalen sus ideas: entre ellas, una concepción peculiar del hombre y del mundo y un modo propio de entender la verdad y el conocimiento. Si se tiene en cuenta que este genio aparece en pleno auge del racionalismo, su pensamiento en torno al *orden del corazón* o el modo como entiende la razón son de admirar, y puede hasta ser calificado un precursor del existencialismo contemporáneo. Otra cuestión que surge de la lectura de Pascal se relaciona con la teología y, en definitiva, con la religión: su obra incluye una afirmación explícita de Dios, que no parece nacer de la razón demostrativa sino de la experiencia misma de la fe en la que interviene también la voluntad, como manifiesta el conocido argumento de la apuesta. Si a esta concepción de la fe se le suman las críticas que el autor de *Les Pensées* dedica a las pruebas racionales de la existencia de Dios, se comprende que en ocasiones haya podido ser calificado de fideísta.

Desde un punto de vista formal, el libro se estructura en siete capítulos, de los cuales los dos primeros tienen un carácter introductorio: se hacía necesario situar su contexto intelectual y revisar los rasgos más relevantes de su biografía. Pascal surge en la modernidad, época del nacimiento de la ciencia y origen del racionalismo: un nuevo modo de hacer filosofía, inspirado en el método científico. Con la llamada revolución cien-

tífica y el impulso del racionalismo, decaen los fundamentos de la física aristotélica y, al mismo tiempo, la teología pierde su apoyo racional. Desde el punto de vista intelectual, el siglo XVII se vive como una verdadera crisis de pensamiento y ésta afecta a diversos ámbitos, como la filosofía, la teología, las convicciones religiosas –que aparecen para muchos sin apoyo– y, como consecuencia de todo ello, a las relaciones entre fe y razón. En este contexto aparece Pascal: un personaje procedente del mundo científico que, poco a poco, se siente atraído por el estudio del hombre. Como pensador participa en buena medida de las ideas de su tiempo, por ejemplo, el rechazo a la filosofía escolástica, pero tiene su propia trayectoria intelectual.

Los biógrafos destacan su talento extraordinario para la ciencia. Fue educado por un hombre, su padre, que le ayudó a cultivar esas cualidades y le introdujo en los círculos científicos más importantes de París. En 1646 un hecho le marca profundamente: el descubrimiento de un movimiento religioso surgido poco tiempo atrás en el seno de la Iglesia Católica y conocido como jansenismo, por haber sido fundado por Cornelio Jansen, más conocido como Jansenio. El jansenismo nace en un contexto religioso complejo, con el propósito de desarrollar el legado agustiniano, más concretamente su doctrina sobre la gracia. El primer encuentro con el jansenismo primitivo influye decisivamente en sus intereses, y el 23 de noviembre de 1654 sufre una verdadera transformación: esa noche tiene lugar una experiencia de carácter religioso que plasmará en el *Memorial*, un manuscrito que, a partir de ese momento, llevará siempre consigo. Estos hechos explican en parte el giro que tuvo lugar en su vida, así como que se viera impulsado a escribir sobre la religión. Cuestiones como Dios, la vida eterna o el pecado original se hallan presentes en su obra hasta el punto de que sin ellas no es posible explicar la concepción pascaliana del mundo y del hombre. Por eso, la pregunta acerca del lugar que la fe ocupa en su obra cobra una importancia decisiva. Pero me interesaba también saber si concretamente *Les Pensées*, su última obra, es más bien un texto sobre religión, un escrito apologético que nada tiene que ver con la filosofía.

Como buena parte de los pensadores de su tiempo, Pascal conecta con las ideas escépticas porque entiende que las cuestiones fundamentales, aquellas que son verdaderamente importantes para el destino del hombre, son inabarcables por la razón humana. Profesa gran admiración a Montaigne, exponente principal del escepticismo francés. En el mundo intelectual cristiano, esta quiebra del pensamiento había derivado, en mayor o menor medida, en el fideísmo y había visto nacer también una corriente

de moralistas que, bajo la influencia del estoicismo, pretendían construir una ética autónoma al margen de la fe. Admira a Epicteto y lo considera, junto con Montaigne, una de las dos figuras más grandes de la historia de la filosofía. Sin embargo, no se identifica con uno ni con otro porque entiende que no logran explicar la verdad de la condición humana.

El autor de *Les Pensées* se forja entre las grandes corrientes intelectuales que confluyen en el siglo XVII europeo y, al mismo tiempo, destaca por su originalidad. A pesar de su aprecio por la ciencia, se distancia del racionalismo hasta convertirse en enemigo de Descartes; conecta con el escepticismo, pero no como postura definitiva, sino provisional o intermedia. Por otra parte, su obra es una afirmación de Dios. El objetivo de este libro apunta a descubrir la postura de Pascal respecto a dos ámbitos del saber: la filosofía y la fe. Inquire si constituyen dos ámbitos separados e irreconciliables si los discursos filosófico y teológico se mezclan en una confusión más o menos acusada, o si, por el contrario, constituyen zonas autónomas entre las que puede establecerse alguna relación.

Pascal murió sin haber podido concluir un proyecto concebido poco tiempo antes y al que hubiera querido dedicar muchos años. La muerte, que le sobrevino sin llegar a cumplir los cuarenta, le hizo dejar incompleto el material que había ido preparando con este fin: cerca de 800 fragmentos agrupados en legajos, y que darían origen a *Les Pensées*. El objetivo de esta investigación me ha llevado a estudiar el conjunto de su obra, con excepción de los escritos estrictamente científicos, pero me he detenido especialmente en este texto póstumo que recoge, de algún modo, todo su pensamiento.

*Les Pensées* no es una obra teológica y, estrictamente hablando, tampoco un escrito de filosofía; contiene sin embargo un discurso filosófico. Profundizar en el contenido de esta obra requiere conocer también la historia del texto y las características de las principales ediciones: un asunto de orden más bien metodológico, que puede parecer incluso ajeno a su contenido, pero que guarda relación con la interpretación que se haga de Pascal y su obra, y al que dedico unas páginas del tercer capítulo.

La filosofía de Pascal se encuentra esparcida por toda su obra. Sin embargo, *Les Pensées* tiene un significado especial en orden a mostrar su pensamiento sobre el hombre, el mundo y Dios. Por esta razón, después de los capítulos que sirven para introducir la época y el personaje, el capítulo tercero se centra sobre todo en esta obra y hace referencia también a varios textos relacionados con ella. Uno de ellos es la *Conversación con Mon-*

*sieur de Sacy*, donde Pascal habla sobre Epicteto y Montaigne y, en buena medida, manifiesta su postura respecto a la filosofía y los filósofos. El *Prefacio a un Tratado sobre el vacío* es un texto breve que recoge su criterio sobre el progreso científico, mientras destaca el orden diverso en el que debe situarse la teología: saber que se fundamenta en el principio de autoridad. En las *Reflexiones sobre la Geometría en general*, Pascal trata sobre cuestiones relativas al método científico y muestra también sus limitaciones. Se revela así la trayectoria que siguen su interés y su pensamiento: del estudio de la geometría al conocimiento del hombre y de Dios.

Los tres capítulos siguientes intentan profundizar en su bagaje teológico y espiritual. Para ello, era preciso conocer algunos rasgos de la historia cultural y religiosa de la época moderna, entre los que se encuentra el significado de la abadía de Port-Royal en el panorama francés. Éste es el tema del cuarto capítulo que trata sobre dos cuestiones: la primera, algunas claves de la doctrina de Port-Royal; la segunda, en qué sentido se identifica Pascal con los autores que pueden calificarse como portroyalistas. En el siglo XVII, Port-Royal se convierte en el principal foco de difusión del jansenismo, que inicialmente no pretendía ser nada más que un altavoz del pensamiento de San Agustín. Pero el contexto teológico en el que surge este movimiento y la peculiar incidencia que los temas religiosos hallan en la situación política del país, convierten enseguida a Port-Royal en un entorno controvertido desde el punto de vista religioso y político. La relación de Pascal con Port-Royal ha sido objeto frecuente de discusión y la respuesta que se le da depende, en buena medida, de la interpretación que se haga del propio Pascal y del fenómeno Port-Royal.

El capítulo quinto trata la faceta de Pascal como discípulo de San Agustín. En primer lugar, debe tenerse en cuenta la influencia del pensamiento agustiniano en la cultura del siglo XVII francés, pues constituye uno de los rasgos característicos de la época. La difusión del pensamiento agustiniano se extiende de entrada por el mundo teológico, hecho que en la época que estamos considerando toma un cariz particular, ya que al interpretarse al obispo de Hipona en contexto polémico, con frecuencia surgen interpretaciones que llevan la doctrina de San Agustín más allá de lo que el autor quería decir. En tal sentido, basta recordar que los autores de la Reforma se llaman a sí mismos discípulos de San Agustín. Pero la influencia del agustinismo no se ciñe sólo a la teología, sino que abarca también otros ámbitos, como la filosofía o la literatura.

Las obras de Pascal le revelan como un buen conocedor de Aurelio Agustín; en esto conecta con las ideas de su tiempo y va aún más allá. Lo conoce a fondo a partir de su encuentro con el jansenismo y hace suyas sus ideas hasta el punto de que, comprometido con la causa de la religión, se propone presentar en un lenguaje asequible a los no especialistas la doctrina agustiniana en torno a la gracia. Tal es el sentido de los *Escritos sobre la gracia*.

Desde tiempo atrás el debate en torno a la conjunción entre gracia y libertad venía siendo objeto de discusión entre teólogos, pero una serie de circunstancias habían hecho que en Francia cristalizara como una pugna entre jansenistas y jesuitas. En el momento en que Pascal vuelve de su primer retiro en las inmediaciones de Port-Royal, Antoine Arnauld, uno de los autores más representativos del jansenismo primitivo, es acusado de hereje ante la Sorbona. Entonces Pascal y algunos miembros del entorno de Port-Royal comienzan a trabajar en *Las Provinciales*: cartas anónimas que se proponen defender a Arnauld, al mismo tiempo que tratan de poner de relieve en qué consiste la verdadera doctrina católica, principalmente en dos facetas que estaban siendo especialmente discutidas: la primera es la doctrina de la gracia tal y como la desarrolla San Agustín; en segundo lugar, la verdadera moral, que parecía estar siendo vulnerada por el laxismo que promovían algunos autores jesuitas y que era en cierto modo consecuencia del molinismo. *Las Provinciales* constituyen una obra maestra de la literatura y de la retórica cuyo alcance –sin embargo– es mucho mayor; la decisiva participación de Pascal en ella merece un análisis detenido y a él se dedica buena parte del quinto capítulo.

La obra de Pascal no puede ser interpretada si no es a la luz de San Agustín, y esta faceta no se percibe únicamente en *Les Écrits* o *Las Provinciales*. La visión del mundo y del hombre propia de San Agustín impregna toda su obra y se extiende también –por supuesto– a *Les Pensées*, pero en esta última obra, dirigida a personas no creyentes, el pensamiento agustiniano no se manifiesta como premisa de la argumentación, sino que se halla al final. No es una doctrina que se impone y de la que se parte, sino la verdad que se descubre.

Pascal no pretende hacer una teoría sobre la fe, pues la considera como una experiencia vital: don que ilumina su visión del mundo. Pero si se quiere estudiar la relación entre filosofía y fe, es preciso intentar descubrir en qué consiste su concepción de la fe y qué papel le atribuye en su discurso. Tal es la cuestión que trata el capítulo sexto. Un primer nivel de

respuesta se encuentra en clave autobiográfica: la educación recibida en su familia, su encuentro con San Agustín a través de Port-Royal y, sobre todo, la experiencia del *Memorial* cobran un significado profundo. La fe es un don mediante el cual la realidad, ya captada por los sentidos, y la razón adquieren todo su relieve. En este momento, surge una cuestión que ha de ser respondida: en qué medida la fe nace y se desarrolla al margen de estas dos potencias cognoscitivas y hasta qué punto los contenidos de la fe son ajenos a aquellos conocimientos que alcanza la razón.

Se ha de tener en cuenta que, desde el planteamiento tradicional de la escolástica, la mayor parte de los autores que sostienen un marco de relaciones entre fe y razón, defienden la posibilidad de la razón de llegar a conocer la existencia de Dios, entre otros *preambula fidei*, es decir, aquellas verdades de orden natural que prepararan para la fe, porque son a la vez objeto de la revelación y posible objeto de la razón. En Pascal la manera de argumentar parece casi opuesta: si la escolástica descubría en la naturaleza pruebas de la existencia de Dios –tal es el camino de las vías de Tomás de Aquino– para el autor de *Les Pensées* el mundo y el hombre son más bien seres contradictorios; y observa además que, cuando la filosofía pretende explicar en qué consiste la criatura humana, apenas logra dar razón de alguna de sus facetas. Además, no está de acuerdo con el modo como los filósofos hablan de Dios: no le interesa *el Dios de los filósofos ni de los sabios* sino *el Dios de la Escritura*; y este Dios se manifiesta como un *Deus absconditus*, es decir, como un ser profundamente envuelto en misterio.

El capítulo séptimo tiene un cierto carácter conclusivo, al tratar de establecer en qué sentido puede hablarse en Pascal de un pensamiento filosófico que guarde relación con la fe. Dialécticamente, la cuestión puede plantearse mediante dos objeciones: la primera es que difícilmente se puede llamar filósofo a quien plantea la filosofía como un cierto callejón sin salida, y así pueden interpretarse al menos algunas de sus afirmaciones. La segunda, que se deduce de la anterior, es afirmar que el autor de *Les Pensées* recurre a la fe porque la filosofía no consigue resultados satisfactorios en orden a alcanzar la verdad sobre el hombre; pero en este caso, la fe sería un salto en el vacío: una actitud que nace del *corazón*, un sentimiento vago sin fundamento racional.

La tesis que propongo se sitúa en un plano diferente: Pascal hace filosofía y su discurso filosófico no sólo no es ajeno al ámbito de la fe sino que, de algún modo, la prepara. Otra cuestión diferente es cómo entiende

la filosofía. La primera respuesta es clara: la filosofía pascaliana es un conocimiento que se halla en las antípodas del racionalismo. Después, se puede afirmar que se trata de un saber esencialmente abierto que requiere de otras instancias, como la fe o incluso la teología, para alcanzar una verdad definitiva sobre el hombre.

Para comprender a Pascal es necesario aproximarse a los textos con una mirada abierta y adoptar un punto de vista en cierta medida interdisciplinar. Este es el camino por el que avanzan hoy en día los estudios sobre este autor. A lo largo de estos años he tenido la oportunidad de contar con el apoyo de personas e instituciones a las que agradezco sinceramente la ayuda que me han prestado y sus observaciones. En primer lugar al profesor Alejandro Llano. Tampoco puedo dejar de mencionar a los profesores Hélène Michon, Gérard Ferreyrolles y Dominique Descotes, así como la colaboración y acogida que he encontrado siempre en la *Société des amis de Port-Royal* y el *Centre International Blaise Pascal* de Clermont-Ferrand.